

## El positivismo en la obra cronística de Emilio Bacardí Moreau

### *Positivism in the chronicle work of Emilio Bacardí Moreau*

Julieta Aguilera Hernández <sup>1</sup>    
Israel Escalona Chádez <sup>2</sup> 

<sup>1</sup>Universidad de Oriente, Dirección de Marxismo-Leninismo e Historia. Santiago de Cuba, Cuba.

<sup>2</sup>Universidad de Oriente, Centro de Estudios Sociales Cubanos y del Caribe «Dr. José Antonio Portuondo Valdor» (CESCA). Santiago de Cuba, Cuba.

Recibido: 22/06/2023  
Aceptado: 9/10/2023

#### RESUMEN

La presente investigación se enfoca en el estudio de la impronta del positivismo como doctrina ético-filosófica en la obra historiográfica de Emilio Bacardí Moreau (1844-1922). Sus *Crónicas de Santiago de Cuba* representan uno de los exponentes sistematizadores de la historia colonial de la antigua capital del Departamento Oriental. El estudio profundiza en la percepción crítica de Bacardí sobre las posibilidades de la historia como componente fundamental en el reflejo del desarrollo social, al entender, desde el enfoque positivista, la labor del historiador orientada hacia la materialización futura de una patria mejor para los cubanos por medio de las guerras de liberación en el último tercio del siglo xix.

**Palabras clave:** crónica; cronista; historiografía; discurso histórico; positivismo.

#### ABSTRACT

*The present research focuses on the study of the imprint of positivism as ethical-philosophical doctrine in the historiographic work of Emilio Bacardí Moreau (1844-1922), where his *Crónicas de Santiago de Cuba*, represent one of the systematizing exponents of the colonial history of the former capital of the Eastern Department. In this way, the inquiry deepens in Bacardí's critical perception analysis on the possibilities of history as a fundamental component in the reflection of social development, when understanding the historian's work directed towards the future materialization of a better homeland for the Cubans by means of the libertarian wars in the last third of the 19th century.*

**Keywords:** chronicle; chronicler; historiography; historical speech; positivism.

## Introducción

El positivismo surge durante la primera mitad del siglo XIX en Francia, como una corriente filosófica derivada del empirismo cartesiano que, con posterioridad, gozó de amplia difusión en Europa occidental y el continente americano. Su principal representante es el filósofo y sociólogo francés Auguste Comte (1798-1857) quien, junto con sus discípulos –entre ellos, su coterráneo Henri de Saint-Simón y los pensadores británicos John Stuart Mill y Herbert Spencer– sostuvo como tesis la validez del saber adquirido gracias a la autenticidad del conocimiento científico. Esta corriente significa una actitud crítica hacia la filosofía tradicional y, dentro de esta, la metafísica y la ontología; en ella la ciencia es exaltada como única expresión legítima de lo infinito, relegando a las religiones tradicionales como agentes para su confirmación.

En su génesis, el positivismo –en la visión de Comte– es asumido como un saber útil para el hombre en función de prever y coordinar los hechos que le suceden en su vida, con el objetivo de obtener un conocimiento universal que le haga posible una mejor convivencia social. De esta manera, su intención inicial estaba dirigida hacia el establecimiento de una reforma social que rigiera la actividad humana por leyes universales. Y en este sentido, dicha reforma perseguía organizar la historia de la humanidad en dos ámbitos: a) las épocas orgánicas: donde la sociedad trata de conservar el orden heredado y se considera como un ente supraindividual, con valor propio y superior relacionado con los individuos; y b) las épocas críticas: en este caso, la sociedad es entendida como un simple conjunto de individuos y se dirige hacia una actividad destructora. Esta alternancia entre etapas –basada en el conflicto y en forma secuencial, expresada en consolidación, crisis y reconstrucción orgánica sobre nuevos principios– ha sido una situación problemática de significativa influencia dentro del surgimiento de nuevas ciencias sociales como la antropología, la arqueología, la etnografía y la sociología, entre otras, junto con el posterior surgimiento de corrientes filosóficas como el marxismo (Fernández, 2008).

En relación con los estudios históricos, el positivismo destaca por las particularidades siguientes: la existencia de un gran apego a las fuentes documentales por el historiador, en su afán de validar la veracidad de los hechos; la creencia en torno a la irrepetibilidad de los acontecimientos, pese a reconocer la posibilidad de cometer el mismo error en varias ocasiones por las mismas causas y factores que lo condicionan; además de reconocer que todo hecho histórico está motivado por circunstancias derivadas de un contexto. También es necesario referir que los positivistas, como norma, suelen asumir una percepción individualista en el análisis de los hechos e identificarse con una postura política conservadora. En el análisis histórico, el positivismo –a juicio de Comte– plantea la ley de los tres estadios: el primero (estadio teológico), que abarca los mundos antiguo y medieval, correspondiente con la fase de la infancia; el segundo (estadio metafísico), contentivo de la edad moderna y relacionado con la fase de la juventud; y el tercero (estadio positivo) comprende la edad contemporánea y está asociado con la madurez (Abbagnano, 1996, t. III, pp. 244-247).

Varios investigadores han considerado al positivismo como «el romanticismo de la ciencia», al ser uno de los componentes que caracterizaron al movimiento romántico del siglo XIX (Abbagnano, 1996, t. III, p. 236). En este orden, las tesis fundamentales de la filosofía positivista se resumen en



los siguientes preceptos: la postulación de los hechos y procesos como objeto del conocimiento humano, con carácter comprobable; el rechazo de toda pretensión cognoscitiva de la metafísica y la religión; promover el criterio sobre la validación del conocimiento sustentado en el método científico –asumiendo la ciencia como la única vía para su legitimización–; y, por último, favorecer una acción política respaldada en el conocimiento científico precedente de la realidad social (Rojas, 1995, p. 153).

En la segunda mitad del siglo XIX, la filosofía positivista «había constituido una manifestación auténtica para el pensamiento y el ambiente cultural latinoamericano de su época, pues era la que mejor se correspondía con las exigencias socioeconómicas, políticas, educativas y culturales de estos países» (Guadarrama González, 2008, t. I, p. 114). Y en este sentido, parecía ser la opción filosófica más viable para cumplir con los requerimientos de la renovación científica en aquellos años. Pero, en la mayoría de sus cultores de esta región geográfica, sus argumentos experimentaron un giro dentro de las perspectivas irracionalistas, al sustentarlos a partir de una renovación cultural y de pensamiento, tanto en la formulación de criterios de mayor rigurosidad científica para el análisis de la realidad nacional en sus diversas aristas (antropológica, histórica, geográfica, sociológica, etc.), como en sus notables aportes al conocimiento sobre los valores culturales de Latinoamérica (Guadarrama González, 2011, p. 132).

La metodología positivista tiene como propósito sistematizar el conocimiento científico a través del empleo de métodos como la experiencia empírica, la observación y recolección de datos; de ahí que la objetividad sea el supuesto prevaleciente en sus indagaciones (Ferrater Mora, 2009). Pero detrás de esta intención, con el positivismo se ha implantado una visión del método que, por su afán totalizador, en parte, descuida el objeto real de la ciencia. No obstante a que su sentido de la ciencia está respaldado por hechos observables y leyes explicativas sobre las relaciones causales de la previsión y acción humana sobre la naturaleza, sus herramientas metodológicas ofrecen una interpretación fragmentada del conocimiento que dificulta la comprensión cabal de los hechos y procesos históricos; prevalece en esta corriente una preponderancia de la perspectiva cuantitativa y el enfoque reduccionista, los cuales no tienen presente las múltiples dimensiones que componen el estudio de los escenarios naturales y sociales. Por consiguiente, en la argumentación de su base teórica tiende a implantar una división entre el sujeto investigador y los objetos investigados, al estimar que «el mundo, a modo de objeto de investigación, tiene existencia propia independientemente de quien lo estudia» (Matías y Hernández, 2014, pp. 8-9).

Por otro lado, Emilio Bacardí Moreau (Santiago de Cuba, 1844-1922) fue un reconocido industrial, narrador, poeta, historiador y mecenas de la cultura local. Desarrolla una intensa carrera política que inició en 1879 como concejal del Ayuntamiento, presumiblemente elegido por el Partido Autonomista. Con el cese de la dominación española, el 25 de noviembre de 1898 Bacardí es designado alcalde de la ciudad por el gobierno interventor norteamericano. Por su eficiente desempeño es reelecto para asumir dicho cargo en 1901 hasta el año 1905, en que es seleccionado por sus correligionarios para senador de la República por la provincia de Oriente. Estas funciones las llevaba simultáneamente con su participación dentro del negocio ronero de propiedad familiar, su membresía dentro de la Cámara de Comercio local y la Liga de Comerciantes y Agricultores de



la Isla de Cuba. Pero, sin lugar a dudas que las *Crónicas de Santiago de Cuba* (en diez tomos) significaron su obra cumbre en beneficio de la historia y cultura locales.

En este artículo se define como objeto de estudio la impronta de la corriente positivista en la obra *Crónicas de Santiago de Cuba* de Emilio Bacardí Moreau, a partir del enfoque cronológico en la contextualización de tres centurias de su historia colonial (de forma sintética y sistemática). El objetivo es valorar la influencia del positivismo en el oficio cronístico del autor y del periodista Manuel Barrera García: el primero, autor principal del libro y, el segundo, continuador de la redacción de las *Crónicas de Santiago de Cuba*, desde enero de 1899 hasta mayo de 1902, correspondientes al décimo tomo con posterioridad al fallecimiento de Emilio Bacardí.

Se utiliza la metodología aplicada para el manejo del tiempo histórico del investigador alemán Reinhart Koselleck (2001) para el tratamiento a áreas de la historia inmediata (o del presente) (Aróstegui, 2004; Chartier, 2005) y la historia de las mentalidades a fin de estudiar un fenómeno local: la crónica histórica como fuente historiográfica en Santiago de Cuba, en su dualidad territorial ciudad-municipio (Aguirre Rojas, 1999; Fontana, 1982; 1992).

La novedad de la investigación radica en la realización de un estudio comparativo acerca de los artífices de las *Crónicas de Santiago de Cuba* (Bacardí y Barrera) en el manejo de las fuentes consultadas, en la metodología de análisis y en la estructura argumental de sus textos, en los que se advierte el influjo positivista, pese a que su autor principal no declara una abierta adhesión hacia esta corriente.

El empleo de la cronística de Emilio Bacardí como fuente para los estudios de la historia colonial de Santiago de Cuba responde a dos direcciones: como *fuentes históricas*, ya que su consulta recurrente por los historiadores representa un apoyo informativo de gran importancia, ante su carácter precursor como el primer ejemplo de sistematización cronológica para registrar la evolución de una demarcación territorial fuera de la capital cubana; y como *fuentes historiográficas*, ya que debe ser apreciada en su justa dimensión por la manera en que sus artífices construyeron el discurso argumental, a partir del empleo de múltiples fuentes de la época –desde su diversidad tipológica– para aunar en diez volúmenes un registro casi totalitario de la historia colonial de la urbe, con la consulta de fuentes primarias, lo cual constituye el punto de partida para la narración histórica de estos textos, pese a ofrecer una visión parcializada o tangencial de los sucesos.

## Desarrollo

### Las huellas del positivismo en el discurso histórico de Emilio Bacardí Moreau

El inicio del decenio de 1860 en Cuba estuvo marcado por la tardía introducción del positivismo, coincidente con el inicio de la Guerra de los Diez Años, el cual fue asumido como una filosofía del



cambio e ideal de una modernidad que el régimen colonial condenaba. Así, el positivismo representaba una confrontación con la escolástica defendida por el gobierno español, mientras que su instrumental teórico propiciaba una indagación profunda en la realidad insular (Díaz Rodríguez, Segre Ricardo y Torres Borrero, 2012).

Durante la Tregua Fecunda esta corriente –en su derivación spenceriana y a pesar de sus limitaciones metafísicas– tuvo una mayor difusión en los predios nacionales, al convertirse en la filosofía predominante que se ajustaba más a las exigencias socioeconómicas imperantes por aquellos días (Guadarrama González, 1986). En la obra científica de los positivistas cubanos de este periodo también se advierten las influencias de sus colegas latinoamericanos, enfocados hacia una concepción inductivista de la ciencia (Rojas, 1995). Este rasgo resulta más notorio en la producción intelectual de Enrique José Varona –su principal exponente–, cuyo discurso transita por diferentes hitos: en 1879, prima la óptica liberal y esteticista con la influencia del chileno José Victorino Lastarria; en cambio, para 1884 existen marcas del evolucionismo y el pesimismo de Spencer; hacia 1889, la huella economicista y utilitarista de John Stuart Mill condiciona otro giro, que concluye con una variante escéptica y pesimista bajo la influencia de Montaigne. En similar dirección hubo otro tránsito en el alineamiento del positivismo con las tendencias políticas de dicha etapa, las cuales tuvieron un inicio autonomista que después mostró su identificación con el independentismo en la Isla (Bauer, 2018).

Para entonces, el patriota santiaguero Emilio Bacardí cumplía con su primera deportación en España,<sup>1</sup> junto a diez coterráneos que fueron encausados por el gobierno colonial «bajo el dictado de malos españoles» (Pérez Carbó, 1945, p. 10).<sup>2</sup> La estadía de Emilio Bacardí en el presidio de Chafarinas le permitió intercambiar con los intelectuales matanceros Benigno y Plácido Gener, así como los revolucionarios gaditanos Fermín Salvochea y Pedro Pérez Lazo (Portuondo, 2018, p. 38). A través de estos contactos pudo ponerse al día sobre los pormenores que signaron los panoramas cultural, filosófico y sociopolítico de la metrópoli hispana y sus naciones vecinas del continente europeo.

La estancia en la urbe sevillana –acaecida entre el 19 de agosto y finales de octubre de 1883– también fue fructífera para su progreso intelectual. Allí pudo perfeccionar sus habilidades en el dibujo y la pintura de acuarela, visitar conventos, iglesias, museos, plazas y ruinas históricas (mozárabes y romanas) que luego capturaba en sus bocetos y cuadros costumbristas; a su vez, tales recuerdos quedarían inmortalizados en su libro *Cosas viejas* (Bacardí, leg. 5, 1878; Portuondo, 2018, pp. 139-168). De igual modo, Bacardí aprovechaba la ocasión para visitar otras poblaciones como Granada, Córdoba y Toledo. Después incluye en su itinerario a Sitges, la tierra de sus

---

<sup>1</sup> Emilio Bacardí sufrió dos procesos de deportación motivados por los vínculos que tuvo con el gobierno de la República de Cuba en Armas: el primero ocurrió entre 1879 y 1875, y el segundo entre 1896 y 1897. Ambos destierros tuvieron por escenario los enclaves hispanos de Ceuta, Chafarinas y Melilla –ubicados en el norte del África–, aunque en su primer exilio residió en la ciudad de Sevilla (España).

<sup>2</sup> La nómina de los deportados santiagueros que acompañaron a Emilio Bacardí durante su primera deportación es la siguiente: Urbano Sánchez Hechavarría (diputado provincial), Francisco Mancebo y Correoso (concejal), Pedro C. Salcedo de las Cuevas (diputado provincial), Enrique Trujillo y Cárdenas (periodista), Federico Pérez Carbó, Pedro Alejo Brossard, Pedro Peralta Riverí (amanuense de abogado), Vicente Miniet y Ginarte, y Pablo Nueva (un negro bayamés que ostentaba el grado de teniente de la caballería mambisa en la Guerra Grande).

ancestros, y Barcelona, la capital catalana, con el propósito de conocer los nuevos derroteros artísticos y científicos en boga e incrementar los nexos comerciales para la empresa familiar (Gjelten, 2008, p. 45). También se mantuvo informado sobre la situación sociopolítica imperante en su ciudad y país natales, donde el recrudescimiento de la represión colonial contra cualquier persona, corriente ideológica o agrupación política contraria a sus intereses imperiales era cada vez más agudo.

En el ideario de Bacardí, la interpretación de la filosofía positivista se muestra en el modo particular que tuvo de asumir la función de historiador para concebir su posterior obra cronística:

El historiador debe ser verídico, sin exageraciones ni apasionamientos; y así, al ceñirse á la verdad, se hieren susceptibilidades á ramas más o menos cercanas de personas citadas en la Crónica, no se le culpe ni se le critique: no hay deshonra ni desdoro por éste ó aquel antepasado. Es indudable que toda genealogía trae consigo un bárbaro más ó menos criminal; cada familia, como cada hombre, debe acreditar sus abolengos por sí mismo, por sus obras, no por sus antepasados, y no por sentirse ni vanagloriado por hechos que no son suyos, ni agraviado por faltas que no cometió, y respecto á los prejuicios de raza debe tenerse muy presente que, en tierra conquistada y de esclavitud, en mayor ó menor intensidad, sangre de bandidos ó de esclavos lleva cada cual en sus venas: la honradez presente es el único título de nobleza merecido [*sic*]. *El factum* con toda su crudeza, el hecho con su total desenfado: he aquí la historia (Bacardí, 1908, t. I, p. 6).

La percepción crítica de Bacardí estuvo en consonancia con los argumentos esgrimidos por los positivistas insulares de la segunda mitad del siglo XIX, quienes proyectaron una concepción idealista de la historia a través del reconocimiento del irracionalismo y el fideísmo como paradigmas sociológicos (Guadarrama González, 1986, p. 67). Así, el historiador santiaguero se alineaba a estos preceptos que propugnaron las posibilidades de la historia como componente fundamental en el reflejo del factor económico en el desarrollo social. Por tanto, también asumiría el rol del historiador –desde la óptica positivista– en su actividad orientada hacia la identificación objetiva y necesaria de las leyes del desarrollo, en un sentido ascendente y autónomo, encaminada hacia la materialización futura de una patria mejor.

## **Reflejos del influjo positivista en las *Crónicas de Santiago de Cuba***

En la obra cronística de Emilio Bacardí se advierten rasgos del positivismo, tanto en el manejo de las fuentes consultadas como en la metodología de análisis y en la estructura argumental de sus textos, pese a que, como autor, no declara una abierta adhesión hacia esta corriente. En relación con las crónicas, el historiador autodidacta tomaba conciencia acerca de la importancia de no



discriminar aquellas fuentes no convencionales para testimoniar la cotidianidad, como las coplas, versos y narraciones que conformaron la tradición oral precedente.

En el primer cuarto del siglo xx, el oficio de la crónica histórica adquiere una mayor solidez argumental en el reflejo de la historia pretérita de Santiago de Cuba, gracias a la fecunda obra creativa de Emilio Bacardí Moreau y la publicación de los diez tomos de sus *Crónicas de Santiago de Cuba* entre 1908 y 1924. Esta obra cronística comienza a publicarse el 7 de marzo de 1903, cuando en las páginas de la *Revista Municipal de Santiago de Cuba* –órgano oficial del Ayuntamiento local– aparece la sección «Somera reseña histórica de la ciudad de Santiago de Cuba» (Meriño, 2001, p. 38). En esos días Bacardí era el presidente del consejo editorial, en su condición de alcalde de la ciudad.

En el esfuerzo por sistematizar el devenir de la ciudad en el referido periodo, el cronista obtuvo la información de fuentes primarias como las *Actas Capitulares* del consistorio santiaguero y la recopilación de apuntes tomados de diversos periódicos que gozaron de amplia circulación en esta demarcación durante la época colonial (*El Redactor, La Bandera Española, La Independencia*). No obstante, la «Somera reseña histórica de la ciudad de Santiago de Cuba» tuvo una corta vida dentro de la *Revista Municipal de Santiago de Cuba*, ya que solamente estuvo en sus tres números iniciales (AHPSC. *Gobierno Municipal, Alcaldía de la República*, legajo sin clasificar, 1910).

Tras haberse alejado por completo de la vida política, Bacardí se dedica completamente a la creación literaria. En ese año fueron publicados los dos primeros tomos de las *Crónicas...* «que calculaba para una extensión máxima de cinco volúmenes», siendo el último de estos dedicado a «compilar documentos antiguos referentes a nuestra ciudad y que tal vez no se encuentren ya ni en los mismos archivos de España» (Portuondo, 2001, p. 261).<sup>3</sup>

Los diez tomos de las *Crónicas de Santiago de Cuba* reúnen, de manera puntual y sintética, datos y referencias sobre los acontecimientos que conformaron la historia colonial de la ciudad de Santiago. La periodización de estos volúmenes comprende: I. 1492-1799; II. 1800-1850; III. 1851-1867; IV. 1868-1870; V. 1870-febrero de 1874; VI. marzo 1874-diciembre 1881; VII. 1882-1893; VIII. 1894-agosto 1896; IX. septiembre 1896-junio 1898; X. julio 1898-mayo 1902 (Bacardí, 1923-1925).

Resulta innegable el grado de sistematicidad alcanzado por Bacardí en la periodización de su obra, en la que se advierte una mezcla ingeniosa de lirismo literario con la agudeza analítica del historiador. Al respecto, Olga Portuondo, historiadora de la ciudad santiaguera, consideró que estos textos constituyen «un esfuerzo jamás igualado y que ha sido el sostén informativo de todos los historiadores nacionales y locales, gracias al amplio periodo tratado y a la divulgación que gozó en su momento» (Portuondo, 2001, p. 262).

El enfoque cronológico guarda correspondencia con la estructura del discurso histórico del positivismo decimonónico, en el que el interés por las novedades, el cambio y las modificaciones

---

<sup>3</sup> Es necesario destacar la colaboración de la historiadora norteamericana Irene A. Wright, a quien Bacardí le dedicó un ejemplar de sus *Crónicas...* en julio de 1909. El cronista le envió una cantidad de dinero para sufragar la búsqueda de documentos relativos a la historia fundacional de la villa santiaguera en el Archivo General de Indias, en Sevilla (España).

centra el argumento expuesto por el historiador, en la misma medida en que se pregunta cómo se ha llegado al contexto de su contemporaneidad (vista como su presente histórico o vivido) en contraposición de los sucesos precedentes (Koselleck, 2001). Para entonces, era habitual en la historiografía positivista que ya se observara en los textos –y sus respectivos discursos– la confluencia de los análisis sincrónicos y las secuencias diacrónicas en el reflejo de los acontecimientos, aunque el concepto de historia del presente no estuviese formulado como tal, pese a que los historiadores comenzaban a plasmar en sus escritos el espíritu optimista y progresivo del desarrollo humano a partir de la formulación de un tiempo presente que incluía en sí mismo los vestigios de un pasado que le antecede desde la memoria y la narrativa (Koselleck, 2001; Florescano, 2012).

La redacción textual es sintética en su estructura, con el empleo de la tercera persona gramatical y la omnisciencia como figura literaria que manifiesta la distancia del autor con los acontecimientos narrados. En este orden, Bacardí trata de marcar su óptica particular para relatar la historia de su ciudad natal; para lograrlo, encabeza cada crónica con un título que revela el contenido temático con el propósito de guiar al lector en la búsqueda de la información. Además, en los primeros tres tomos de sus crónicas –los que fueron originalmente redactados y publicados antes de su fallecimiento–, su modo de asumir el análisis histórico guarda correspondencia con las pautas positivistas: se advierte el predominio de una metodología empírica para la recopilación y el procesamiento de datos y fuentes. Asimismo, en sus juicios, el cronista logra relacionar los acontecimientos y escenarios con sus respectivos factores causales y, de esta manera, comprende su interconexión contextual con sus respectivas repercusiones en los ámbitos nacional y foráneo. Estos rasgos se observan en sus valoraciones en torno a la que introducen los prólogos de cada tomo de la primera tríada de su cronística, con un bosquejo panorámico de la ciudad santiaguera. Sobre este asunto Bacardí comenta en el prólogo del segundo tomo de las *Crónicas de Santiago de Cuba*:

Me ha parecido conveniente no desperdiciar ningún apunte, ningún dato; algunos parecerán quizás de ninguna importancia, otros tendrán el carácter de simples, comparados con los de los acontecimientos políticos; pero, los unos y los otros son, a mi ver, necesarios para la urdimbre de esto que se llama historia patria; porque lo pequeño y lo grande se entrelazan de manera tal, que no es posible pasarlos por alto sin disgregar eslabones de esa crónica que, comenzando con los primeros pasos rudimentarios de un pueblo, sólo habrá de terminar al desaparecer éste de entre los que constituyen las actuales naciones (Bacardí, 1923, t. II, p. 5).

El reflejo de las guerras libertarias en Cuba (1868-1898) constituye un tema de medular importancia para el cronista. Por esta razón, los volúmenes del IV al VI adquieren especial significación para el estudio de la historia patria, a partir de una perspectiva regional. En estos tomos se compilan numerosos pasajes de las diversas acciones combativas y otros acontecimientos, con énfasis en la activa participación del mambisado santiaguero, y sus efectos en la capital oriental durante el periodo entre guerras.



La huella positivista se advierte en el empleo de múltiples fuentes relacionadas con los hechos, tales como partes de guerra, correspondencia cruzada, bandos militares, discursos y proclamas para reconstruir informaciones puntuales de las guerras de independencia. Igualmente se evidencia en el carácter eminentemente descriptivo de combates, semblanzas de las expediciones y la acción de los principales líderes y altos oficiales del Ejército Libertador en la región. Esto también ocurre en el tratamiento a otros tópicos como el establecimiento de ayuntamientos locales en pueblos aledaños a la jurisdicción (Dos Caminos, Songo) y la creación de varias logias masónicas en la ciudad (Aguilera Hernández, 2016, p. 22).

El cronista y su continuador –en su apego hacia las fuentes documentales como recurso de validación para la reconstrucción argumental de los hechos, procesos y protagonistas–, en ocasiones descuidan la secuencia lógica en el análisis histórico. En sus interpretaciones no logran comprender cabalmente la interconexión causal con los contextos que propiciaron el curso de los acontecimientos y se limitan a consignarlos sin comprometerse en la emisión de criterios. Esto se justifica, en el caso de Bacardí, por la intención de evitar declaraciones que pudieran perjudicar su desempeño político y como hombre de negocios; y, en Barrera, por no haber sido partícipe ni testigo ocular de esos procesos.

Cabe destacar que en estos tomos se advierte –tras una aparente intención de imparcialidad– el discurso anticolonialista de Bacardí, no solo en la prevalencia de un mayor número de reseñas para reflejar los acontecimientos de la primera guerra independentista en el término municipal santiaguero y otros sitios colindantes; sino, por el modo en que valora los aspectos negativos que caracterizaron la acción del gobierno colonial en el archipiélago cubano durante el último tercio del siglo XIX. Pese a las valiosas referencias históricas, el autor advierte al lector en su prólogo al cuarto tomo de las *Crónicas...*, la existencia de datos repetidos que puedan conspirar contra la credibilidad de las informaciones reseñadas, pero reafirma su compromiso con la veracidad:

No se culpe al recopilador, a quien le faltó tiempo y lugar para compaginarlas, aunque le sobrase buena voluntad para ello, y que ha hecho lo humanamente posible, en situación especial en que los documentos, esparcidos o destruidos, no han aparecido tal cual se deseaba (Bacardí, 1923, t. IV, p. 5).

Esta peculiaridad es notable en la primera edición española de la obra (que data de 1908), para la que el autor no pudo estar presente en el cotejo final de los ejemplares.

Emilio Bacardí no pudo concluir la redacción de su vasta obra cronística, ni tuvo la oportunidad de ver publicada la totalidad de sus volúmenes, al fallecer el 28 de agosto de 1922. Si se analiza la estructura de la obra, se observan diferencias en la organización cronológica y el estilo de redacción de las crónicas: en los tres primeros tomos compilados por Bacardí se aprecia una notable organicidad en la manera de reseñar los acontecimientos que, en modo sintético, brindan al lector un panorama de la evolución histórica de la urbe santiaguera; sin embargo, a partir del cuarto tomo, con el trabajo recopilatorio de Manuel Barrera García, el enfoque de las crónicas



suele transformarse en historia política, con una marcada anarquía informativa y algunas imprecisiones en la datación cronológica de varios sucesos que signaron la vida del territorio entre 1868 y mayo de 1902 –desde el cuarto hasta el décimo tomo–, que en ocasiones causa confusión al lector, a pesar de la riqueza y utilidad de su contenido (Meriño Fuentes, 2001).

Para la conclusión del ambicioso proyecto fue decisiva la intervención de Manuel Barrera García, uno de sus más cercanos colaboradores. Al advertir Bacardí su ferviente pasión por la historia local, se ganó su confianza para revelar sus posteriores proyectos con relación a las *Crónicas...* Con el cuarto tomo comienza su labor como anotador, corrector y revisor de la obra, convirtiéndose más tarde en el continuador del trunco legado de Bacardí, ateniendo en cumplir con sus orientaciones.

Barrera corrigió las anotaciones realizadas por Emilio Bacardí, amplió y actualizó en la reimpresión del primer tomo la relación de alcaldes, obispos y arzobispos de la ciudad, junto a los gobernadores de la provincia oriental hasta el año 1924 –fundamental para el estudio de la historia colonial de la localidad–, brindando una mayor precisión en la cronología de sus periodos de mandato. Para este fin utilizó los documentos históricos del archivo personal de Bacardí, cedidos por su viuda. A pesar de lo anterior, la participación de Barrera en esta empresa creativa ha sido fruto de opiniones controversiales, sobre todo por el evidente desbalance temático que se advierte a partir del cuarto volumen, tanto en la estructura como en el contenido (Meriño Fuentes, 2001).

Como parte del ejercicio de su nueva función, Barrera se abstuvo de redactar los textos con un discurso propio, y predomina una redacción fría, carente de originalidad y compromiso desde el ejercicio del criterio, aunque se perciben las directrices discursivas de Bacardí. El estilo empleado por Barrera es exclusivamente informativo y sintético (propio de la cronología tradicional), sin tomar partido ni comprometerse a la hora de consignar los hechos. Un claro ejemplo se observa en esta crónica registrada a fines de enero de 1882, titulada «Ferrocarril central»:

Bajo la presidencia del gobernador Pando, se efectúa en los salones de Palacio, una reunión para tratar el proyecto del Ferro Carril Central [*sic*], usando la palabra del señor coronel de Ingenieros don Bernardo Portuondo Barceló, como comisionado por el sindicato que piensa acudir a la subasta (Bacardí, 1924, t. VII, p. 12)

Pero el espíritu del positivismo se consolida en la obra, ya que Barrera continúa con el estricto apego al uso de fuentes documentales en su intento de lograr una objetividad en el discurso, más allá de cualquier compromiso o cuestionamiento político sobre su origen y selección, que marcaron la percepción personal del cronista sobre el registro de datos en su modo particular de narrar la historia. En relación con el análisis histórico, se percibe el distanciamiento sincrónico del redactor con los hechos, por la manera aleatoria en que los consigna y analiza, sin entrar en el establecimiento de juicios críticos, ni comprender completamente su implicación con los contextos causales que los generaron desde la perspectiva espacial macrohistórica (nacional e internacional). Estos rasgos se corresponden con el precepto de la irrepitibilidad del hecho histórico que preconizaron los historiadores adscritos a esta corriente, como se muestra en la siguiente crónica:



## Independencia de Cuba – 1896

(18 de Diciembre).– La Comisión de Negocios Extranjeros del Senado de los E.U. [*sic*], aprueba la proposición del Senador Mr. Cameron, que pide el reconocimiento de la independencia de Cuba, y que el Presidente interponga sus buenos oficios para poner término a la guerra (Bacardí, 1924, t. IX, p. 60).

Sin embargo, los tomos del IV al X constituyen fuentes de consulta de especial relevancia para la historiografía sobre las guerras independentistas en Cuba; más aún, si se tiene presente en la reconstrucción histórica de estos procesos el protagonismo de la población santiaguera y las zonas aledañas desde la visión de un cronista residente en la demarcación suroriental del país. Para lograr estos propósitos, a partir del quinto libro se prescinde de los argumentos introductorios para transitar en forma directa hacia la redacción de breves crónicas –con el empleo del cronicón como subvertiente predominante– como soporte discursivo y textual. De este modo, el autor relataría el conjunto de eventos que conformaron el curso de la historia local durante el último tercio del siglo XIX.

Con relación al manejo de las fuentes utilizadas en las *Crónicas de Santiago de Cuba*, resultan significativas las transcripciones realizadas por Bacardí y Barrera de numerosos artículos de opinión publicados en la prensa local (con filiación hispana e insular) sobre los derroteros políticos y sus protagonistas, cuyos testimonios enriquecen el análisis historiográfico asociado con las perspectivas enfrentadas respecto a la lucha del gobierno colonial por conservar el poder en Cuba y la obtención de la independencia nacional. También presenta referencias al nombramiento de diversos funcionarios y notas sobre el deceso de notables oficiales del Ejército Libertador, sumadas a compilaciones de los bandos, discursos, proclamas y otros documentos emitidos, tanto por el gobierno de la República de Cuba en Armas, como por las autoridades coloniales (Bacardí, 1923, t. V, pp. 7-18, 25-26, 52-54, 89-92, 102-104, 110-114, 165-167, 172-174). Así se muestra por ejemplo en el siguiente fragmento: «El coronel don Francisco Heredia y Solá con fuerzas compuestas del Regimiento de Cuba, contraguerrilla de Boniato, y parte de Ingenieros, saliendo de Palma Soriano el 21, encontró al enemigo el 22 en Sabana Miranda, desalojándolo y haciéndole tres muertos» (Bacardí, 1923, t. V, p. 35).

En las reseñas de los tomos compilados por Barrera se advierte la consulta de la prensa periódica de la época, junto con el testimonio de numerosos testigos que han trascendido a la memoria colectiva de la población local para otorgar un margen de veracidad a sus textos. La siguiente crónica así lo evidencia «Alarmas» (septiembre de 1879):



Desde la noche del 26 del pasado mes de agosto, en que tuvieron lugar los tristes sucesos que deploramos por haberse abierto con ellos la nueva lucha, es rara la noche en que no hay carreras, sustos, cierres de puertas, y todo ello injustificado; pero lo cierto es que el vecino pacífico se asusta, no sale de su casa y sin enterarse del asunto, hace más de mil conjeturas sobre lo que lo obliga a cerrar la puerta de su casa porque vio correr (Bacardí, 1923, t. vi, p. 293).

El principal valor de las *Crónicas...* radica en el carácter excepcional de las informaciones recopiladas que, ante la desaparición de numerosas fuentes originales, en ocasiones pueden convertirse en referencias únicas para contrastar o validar la argumentación histórica para los estudios históricos contemporáneos.

En contraste, el contenido de los volúmenes VII-X comprende los momentos trascendentales precedentes y de la guerra de 1895 y la primera ocupación militar estadounidense en Cuba, con énfasis en el impacto que ambos acontecimientos tuvieron para la población local. Estos libros se conformaron a partir de los apuntes y la estructura capitular realizados por el propio Bacardí y organizados por Manuel Barrera (Aguilera, 2016, pp. 19, 23).

El décimo tomo (que abarca desde el 1.º de julio de 1898 hasta el 20 de mayo de 1902) fue completamente de la autoría de Manuel Barrera García –y esta peculiaridad debe ser justipreciada por la historiografía local en su medida, pese a las debilidades antes expuestas–, ya que Don Emilio solo llegó a esbozar sus escritos hasta el mes de julio de 1898, ante su inconformidad con la situación de crisis que generó en el país y en la municipalidad santiaguera la primera ocupación militar estadounidense. La Guerra Hispano-Cubano-Americana se erige como el principal eje temático en este libro compilado por Barrera, desde la multiplicidad de aristas que, sin ahondar en opiniones comprometedoras, ofrece un bosquejo casi totalitario de los efectos de dicha contienda en la opinión pública y la población local de entonces. Muestra de la afirmación anterior es la siguiente crónica, fechada el día inicial de esta compilación:

A las cinco y media de la mañana del 1º de Julio emprendí marcha para Marianaje y a las siete ya ocupaba las posiciones que me habían señalado, en esta forma: la izquierda (dando frente a Santiago), sobre San Juan, el mayor general José M. Capote, con su columna de cinco mil hombres; a continuación, en el centro, el general de división Saturnino Lora, con 500 hombres; a la derecha del anterior, el general Sánchez Hechavarría con su columna de 800 hombres; el general Cebrero, con 500 hombres de su división, en el flanco derecho; en el alto del batey de Marianaje, yo, con el general Rabí, nuestros Estados Mayores y Escoltas, dando frente al pueblo del Caney (Bacardí, 1924, t. x, p. 26).

En estos tomos persiste el empleo del cronicón para lograr un registro numéricamente mayor de acontecimientos, con un enfoque conciso y casi totalitario, con el propósito de captar el pulso



cotidiano de la demarcación santiaguera en el término de la centuria decimonónica. Un ejemplo de dicho rasgo se muestra en el siguiente texto sobre la batalla naval de Santiago de Cuba, ocurrida el 3 de julio de 1898:

(3 de julio). – Los vigías de este puerto al empezar el servicio, a las cinco de la mañana, enarbolaron la señal de escuadra enemiga a la vista, a cinco millas del Morro. Están frente a la entrada de este puerto, los acorazados Brooklyn, Indiana, Iowa, Texas, Massachusetts, Oregón y un yate. Los demás barcos se hallan frente a Aguadores (Bacardí, 1924, t. x, p. 48).

También puede advertirse una dualidad recurrente en la construcción del discurso histórico. Dicha singularidad puede observarse en el manejo del tiempo, ya que la diacronía se distingue por el pasado registrado por Barrera en su condición de compilador a partir del cuarto tomo de las *Crónicas de Santiago de Cuba*, en consonancia con las pautas trazadas por su mentor; mientras que la sincronía se manifiesta en el presente histórico narrado por Bacardí en su condición de autor y testigo ocular (o terciario, según las circunstancias).

## Conclusiones

Emilio Bacardí Moreau fue un notable exponente de la vanguardia intelectual de su tiempo, que estuvo al tanto de las principales corrientes del pensamiento universal. Muestra de ello es la impronta del positivismo que se advierte, tanto en la construcción argumental de sus textos literarios como en la concepción del discurso histórico de sus *Crónicas de Santiago de Cuba*, devenidas fuentes de consulta esenciales para el estudio del pasado colonial de la ciudad y sus habitantes.

Aunque en las *Crónicas de Santiago de Cuba* no existen evidencias ni referencias concretas del autor sobre la corriente positivista y sus principales cultores, en su obra se muestra la impronta del positivismo en los manejos del tiempo –desde su estratificación cronológica– y de las fuentes (en amplitud y diversidad) para lograr, en forma sesgada, una reconstrucción de los acontecimientos desde la relación sujeto-contexto, con el propósito de ilustrar al lector sobre los rasgos que marcaron la vida cotidiana y la memoria colectiva de este escenario geográfico.

A pesar de las limitaciones reconocidas por muchos historiadores, el mayor mérito de la obra cronística de Emilio Bacardí radica en haberse constituido como uno de los primeros intentos de sistematización de la historia de una región o localidad cubana desde el género cronístico y una impronta positivista, al erigirse como fuente indispensable para los estudios de la historia colonial de Santiago de Cuba.



## Referencias bibliográficas

Abbagnano, N. (1996). *Historia de la Filosofía* (vol. 3). HORA, S. A.

Aguilera Hernández, J. (2016). *El oficio de cronista en Santiago de Cuba (1741-1958)*. Ediciones Santiago.

Aguirre Rojas, C. A. (1999). *Itinerarios de la historiografía del siglo xx. De los diferentes marxismos a los varios annales*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana «Juan Marinello».

Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba (AHPSC). (1910). *Gobierno Municipal*, Alcaldía de la República, legajo sin clasificar.

Aróstegui, J. (2004). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Alianza Editorial.

Bacardí Moreau, E. (1878). *Cosas viejas*. Archivo del Museo Emilio Bacardí Moreau (AMEB), *Emilio Bacardí*, leg. 5/1878.

Bacardí Moreau, E. (1923-1925). *Crónicas de Santiago de Cuba*. (10 vol.). Tipografía Arroyo.

Bauer, C. F. (2018). Las marcas del positivismo en la historia y la filosofía latinoamericanas. *Filos. E Educ.*, 10(3), 506-529.  
<https://periodicos.sbu.unicamp.br/ojs/index.php/rfe/article/view/8653647>

Chartier, R. (2005). *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. Universidad Iberoamericana.

Díaz Rodríguez, Y.; Segre Ricardo, R.; Torres Borrero, L. (2012). *Desentrañar el mito. Idealismo filosófico y nacionalismo liberal cubano*. AV Akademikerverlag GmbH & Co. KG / Editorial Académica Española.

Fernández, A. J. (2008). El primer positivismo. *Conflicto Social*, 1(0), 25-40.  
<https://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20140715044732/fernandez01.pdf>

Ferrater Mora, J. (2009). *Diccionario de filosofía*. (5.ª Ed., vol. 2). Editorial Sudamericana.

Florescano, E. (2012). *La función social de la historia*. Fondo de Cultura Económico.

Fontana, J. (1982). *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Editorial Crítica.

Fontana, J. (1992). *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*. Editorial Crítica.

Gjeltén, T. (2008). *Bacardí y la larga lucha por Cuba*. Penguin Books.

Guadarrama González, P. (1986). *Valoraciones sobre el pensamiento filosófico cubano y latinoamericano*. Editora Política.



Guadarrama González, P. (2008). *Pensamiento filosófico latinoamericano. Humanismo vs Alienación*. (vol. I). El Perro y la Rana.

Guadarrama González, P. (2011). Razones del positivismo y el antipositivismo sui generis en América Latina. *Cuadernos Americanos*, 3(137), 125-149.  
<https://www.ensayistas.org/filosofos/cuba/guadarrama/textos/Pensamiento%20II.pdf>

Koselleck, R. (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Editorial Paidós.

Matías González, A. y Hernández Alegría, A. (2014). Positivismo, dialéctica materialista y fenomenología: tres enfoques filosóficos del método científico y la Investigación educativa. *Revista Electrónica Actualidades Investigativas en Educación*, 14(3), 1-20.  
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=44732048021>

Meriño Fuentes, M. A. (2001). Emilio Bacardí, cronista de Santiago de Cuba. En *Tres siglos de historiografía santiaguera* (36-46). Oficina del Conservador de la Ciudad.

Pérez Carbó, F. (1945). Emilio Bacardí Moreau. *Acción Ciudadana*, 5(56), 10-13.

Portuondo Zúñiga, O. (2018). *Emilio Bacardí Moreau. De apasionado humanismo cubano*. (vol. 1). Editorial Oriente.

Rojas Osorio, C. (1995). El positivismo en el Caribe hispano. *Diálogos*, 66, 153-171.

## **Conflicto de intereses**

Los autores declaran que no existe conflicto de intereses.

